

jara habría sido menos risueño que al quedar reunidos poco después en una sola mano y en poder de una familia prestigiosa, culta, muy unida y tan propensa a la generosidad y al mecenazgo, que no tardando la rama principal adoptaría como lema esta frase: *Dar es señorío*. En efecto, don Enrique «el de las Mercedes», a fin de tenerle adicto y para recompensar sus servicios, titulándose «Rey legítimo de Castilla» un año antes de que lo fuera efectivo tras el fratricidio de Montiel, por privilegio rodado con fecha en Burgos a 1 de enero de 1368, dio los grandes señoríos de Hita, Buitrago y otros más, que fueron de Iñigo López de Orozco, al noble caballero don Pero González de Mendoza, hijo de una hermana de aquél; hombre muy bien heredado y de relevantes prendas personales, que le llevaron luego a ser ayo y mayordomo mayor de Juan I y que ha pasado a la Historia con el sobrenombre de don Pero «el de Aljubarrota», porque en esta desgraciada batalla sacrificó su vida por salvar la del Rey, «y para que no dijeran las dueñas (damas) de Guadalajara que tornaba vivo mientras los esposos de aquéllas eran muertos o prisioneros». El fijar definitivamente los Mendoza su residencia habitual en Guadalajara fue factor decisivo para la prosperidad creciente de esta villa realenga, como de la de Hita; por aquel tiempo ya esta última población era famosa gracias a su arcipreste Juan Ruiz, inspirado poeta burlón y picaresco, autor del famoso «Libro del Buen Amor» y otras muchas obras retozonas, satíricas o moralizadoras, aunque él era tan fiel cristiano como desenfadado e inmoral.

Hita ha quedado perpetuada en la historia española gracias a dos personajes de enorme relieve: el lúbrico arcipreste mencionado y el primer Marqués de Santillana, don Iñigo López de Mendoza, señor de la villa, nieto de don Pero «el de Aljubarrota» y tan conocido como poeta, valeroso caballero, protector de las artes, gran señor y consumado político, que bien puedo omitir el resumen de su vida, cualidades y obras.

Aunque, como sus antecesores, residió habitualmente en Guadalajara, atendió con cariño los señoríos de Buitrago e Hita; hombre tan aficionado a las armas como a las letras, dio la importancia que tenía a su fortaleza de Hita, y puede decirse que el viejo castillo lo hizo nuevo al aumentar y modernizar sus defensas y al transformar su interior en confortable vivienda, casi con honores de palacio. Desde el castillo de Hita envió sus mesnadas para que se apoderaran de Beleña, lo mismo hizo en otra ocasión contra Cogolludo, y cuando tras la batalla de La Higuera se tramó amplia conjuración para privar a don Alvaro de Luna de su valimiento con Juan II, don Iñigo, que era uno de los conjurados y tenía muy buenas razones para esperar graves represalias por parte del monarca, el príncipe heredero